



Calugas añejas (IV)

Re-cuentos **POR SERGIO GUERRA**

I- Remigio Polo.

M'Ilapel , Remigio Polo, los Pérez y sus helados, los García y su casona

Hay calugas que más que añejas son duras. Duras de preparar como duras de comer: Estaba muy entusiasmado "retrotrayendo" mis memorias illapelinas, y decidido a llenar páginas y páginas con ellas, cuando una cesantía californiana inesperada y violenta me cayó encima, de la cual ha sido difícil recuperarme, hasta este momento. Hoy, en período "de rodaje" nuevamente, intento volver al punto en donde había quedado, a fines de 1941 me parece, en plena II Guerra y comenzando a vivir en la "Casa de Piedra" de los hermanos Polo (escapados de la Gran Guerra, como ya dije, y formando familia chilena, además de crear una sólida amistad con mis padres.)

Remigio Polo, en mi memoria, era un gigantón, de enormes manos de albañil y un corazón de niño generoso, talvez como era el protector Garrón del protagonista del libro "Corazón" de Edmundo de Amicis. Bueno, yo no era ningún protagonista de novela, ni Remigio era Garrón, y a pesar de las distancias generacionales, nos hicimos amigos: Él y su padre, don Luis, se habían reservado una habitación de la casa que nos arrendaban (justo la que ocupaba la esquina de Independencia con Uruguay, en la manzana que compartían con la familia del heladero del pueblo, don Luciano Pérez, y la bien acomodada familia García, que ocupaba un poco más de la media manzana.) Tres familias (o cuatro, si consideramos a padre e hijo Polo) para habitar un manzana entera. Si lo pensamos y comparamos con la realidad actual, bien podemos decir "qué cantidad de espacio para tan poca gente." Pero era característica de la época y del barrio: cuatro cuartos de manzana con una casa en cada uno. Recuerdo, por ejemplo, que la manzana en frente de la nuestra estaba ocupada solamente en dos de sus cuatro cuartos: El cuarto de manzana que daba con Independencia y Uruguay lo ocupaba la familia del Lucho Rojo, más tarde mi compañero de curso, el Guatón Rojo, en la Escuela Uno; el de Uruguay y Constitución lo ocupaba la familia de doña Juana Vera (nuestro próximo destino habitacional hacia fines del 42 y parte del 43) cuando mi padre se hizo amigo íntimo del otro Escribiente de Carabineros, que se llamaba como su madre, pero en masculino: Juan Vera (mi "Apoderado" en los primeros años de permanencia en la Escuela Normal de Copiapó, hacia 1948-49). El resto, los dos cuartos, o la media manzana, eran terreno baldío y espacio para nuestros juegos



con un compinche diminuto y audaz, El Meco (por Américo, y de quien pronto hablaré) y otros, cuyos nombres no recuerdo. Ese espacio de la media manzana era el que usaban los circos que periódicamente nos visitaban; más tarde el lugar donde se construiría la Nueva Cárcel de Illapel, inaugurada con una fiesta y baile que amenizaron los hermanos Helo: Hugo (otro de mis compañeros de curso en la Uno) y Carlos Helo el famoso humorista que para entonces era sólo un vendedor de la firma comercial illapelina "Abugoch y Helo", según me parece, y que como él lo relatara alguna vez 'hacía sus primeras armas' contando chistes y ganándose así a sus clientes, los que al final lo convencieron de que su destino estaba en el humorismo y no en las ventas. Si bien se recuerda, Carlos Helo les hizo caso y tuvo notable éxito por muchos años. De su hermano Hugo, prematura y sensiblemente fallecido, hay en mí muchos otros recuerdos que de repente encontrarán su ajuste en este caleidoscopio de imágenes que se me "aturullan" en la memoria y pugnan por salir, empujándose unos a otros como en una estampida "a la salida del Estadio".

Volviendo a la "Casa de Piedra":

Recuerdo, o me veo, sentado en el umbral de la habitación de los Polo, que era la esquina ochavada de la manzana, conversando con "mi amigo" Remigio, que me hablaba de la guerra y de sus horrores. Creo haber notado que, como buen italiano y aunque lejos de su patria, no podía dejar de simpatizar con Mussolini, "il Duce", e inclusive ser admirador de Hitler. Al menos, esa impresión me queda de nuestras "conversaciones". Yo debo haber tenido un poco de esa conciencia colectiva de estar a favor de los Aliados, y un poco extrañado de que alguien pudiera ser partidario del Eje, pero eso es una imagen que seguramente se ha fortalecido con la experiencia y conocimiento posteriores que adquirí, porque no me parece que un perico de siete u ocho años como yo era pudiera tener conciencia de esa clase de hechos, pero sí tengo también la imagen de que, por lealtad a ese amigo grandote, quise hacerme un poco "hincha" de aquellos nefastos socios (nefastos al correr de la Guerra y la propagación de las atrocidades que fuimos conociendo más tarde. Creo que hacia 1941-42 Hitler y Mussolini no tenían la pésima y bien ganada fama que la Historia les ha dado, y que muchos en el mundo de ese entonces admiraban tanto a uno como al otro: Total, la historia recién se estaba escribiendo e ignorábamos lo que el futuro nos estaba trayendo.) Pero no es ese el recuerdo principal de mi conocimiento de Remigio Polo; total la "guerra" era para mí una impresión vaga, lejana y confusa, que apenas rozaba la superficie de mi conciencia, sin dejar mucha huella. Lo imperecedero de esas memorias es lo que el gigantón Remigio lograra inculcarme: Un respeto enorme por los libros y el material impreso en general. Creo que algún día me vio rasgando las hojas de un periódico, o talvez de un libro, no recuerdo, pero sí de lo que me dijera, muy serio, sentado a mi lado en el umbral de la puerta de su casa: "Mira, Serquio, tú no debes destruir los libros. ni los periódicos. Esos son obquetos que debes respetar, y cuidar. A causa de la guerra, no sabemos si algún día podamos seguir teniéndolos. Mucha quente en Italia no tiene qué leer. Tenemos que guardar cada libro o revista como una cosa sacrata." Me queda la impresión de que



mi amigo Remigio veía la horrorosa guerra de su Europa natal como parte integrante de nuestras vidas futuras. Y en 1941-42, según se desarrollaba el conflicto, no era tan difícil ser así de pesimista: Bien podía ser que la guerra nos alcanzara también y que se llegara el día en que el mundo no tendría qué leer; ésa era una horrible posibilidad, aún para mí, que no hacía mucho había aprendido las maravillas de la lectura.

Han pasado sesenta y cuatro años. y aún soy incapaz de romper las hojas de un libro, o de rayar sus páginas. Para qué decir de lo duro que me es deshacerme de mis revistas toda vez que invaden mis espacios vitales. Para mí, guardando las sensaciones de un niño de ocho años, siguen siendo esas cosas "sacratas" de que me hablaba aquél "Garrón" de mi lejana infancia illapelina, de ese hombrón que tuvo la ternura de descender a mi tamaño, de dedicarme su tiempo y hacerme creer, así como lo veo hoy, que bien podía ser mi amigo.

Si Remigio Polo se casó o se quedó en mi pueblo y tuvo descendencia, quisiera que este simple recuerdo sirva a sus parientes para conocer una faceta que estoy más que seguro ellos desconocen, y que dejó en la memoria de un pequeñín ochoañero una reminiscencia que le acompañará imperecederamente.

En resumen, ese italiano "descendiente" de Marco Polo me dejó una enseñanza que hoy, sesenta años más tarde, no puedo olvidar: Un modesto obrero extranjero vino a mi pueblo y me regaló una de esas calugas que se pueden masticar por siempre y de la que sé ya nunca podré deshacerme: "Amar a los libros por sobre todas las cosas de la vida."

Don Luciano, primera parte

II - Los Pérez, sus helados y la amistad con un ladronzuelo. A medida que los he venido escribiendo, estos recuerdos me han provocado una sensación muy especial: Hasta ahora me percató que son memorias de amor, de cariño, de recuerdos más amables que desagradables. Todo ello incrustado en otra memoria de amor de la que hoy, con más de setenta años a cuestas, vengo a caer en cuenta: Que guardado en algún recóndito espacio del corazón (o del cerebro, para ser más "lógicamente científico") sigue latente un enorme cariño por ese pueblo que, si no me vio nacer, me dejó marcado como "un illapelino de corazón", como bien dice el Director de este Diario Virtual en su presentación de una de mis calugas anteriores. Me quedaré con esa definición, pues mi pueblo, M'illapel, todavía me duele cuando lo recuerdo; me causa ese saudades con que el idioma portugués define lo que en Castellano no tenemos para definir, una como pena dulce, casi dolorosa que nos aprieta el alma pero que no duele, que nos angustia



sin angustiarnos; algo así como ese "¡ay pena, pena, penita, pena, que me corre por las venas con las fuerzas de un ciclón..!" que cantaba una canción española que me sabía en mi juventud y que ahora me he olvidado.

De entre esos recuerdos cálidos se me escapa este otro, helado y fresquecito, como los helados de don Luciano, Don Luciano Pérez, para mí "el heladero del pueblo", el único de M'Ilapel. O al menos el único que yo me conocí cuando llegamos a vivir en la Casa de Piedra, porque tampoco tengo noticias de que hubieran existido otros que nos llamaran, como hacía don Luciano por las calles del pueblo en su carrito artesanal "a tomar los ricos helados, de canela y bocado." con una voz un tanto gruesa y cantarina que se le escapaba por un tupido y negro bigote, que era incapaz de esconder una sonrisa bonachona de campesino trasplantado al pueblo que le adornaba la cara, cara amable que ya comenzaba a arrugarse.

Y no sólo era sonrisa bonachona ésa de don Luciano. Todo él era bueno, como lo eran su esposa, doña Albertina y "la abuela", de cuyo nombre me declaro culpable de haber olvidado para mi desgracia (porque es una desgracia, una verdadera fatalidad haberse olvidado del nombre de la primera abuela que nunca tuve: Mis abuelas reales estuvieron siempre muy lejos durante mi infancia. A la abuela paterna, de ascendencia española y dueña de los genes blanquirrojos de mis hermanos y míos, nunca la oí nombrar: mi padre, el Pelaíto Guerra, se había escapado, joven diecisieteañero, de su casa de campo en las cercanías de Curicó, Licantén; se había "metido" de policía en la antigua policía anterior al Cuerpo de Carabineros durante el Plebiscito de Tacna que nos dejó sin Tacna; se había 'recontratado' con el naciente Cuerpo de Carabineros de Chile; se había casado y enviudado en La Serena o en una de las oficinas salitreras de los 1900 y tantos; había conocido y conquistado a mi madre, y había engendrado a este servidor. pero nunca nos habló de su familia licantenina y de las tierras que debía haber heredado de su abuela porque se había escapado y cortado lazos por más de cincuenta años, así que nunca supe de esa abuela, su madre, doña Herminia Ormazábal -sin hache por error del escribiente del Registro Civil de Licantén- una de las dos abuelas que nunca tuve. La otra, mi abuela materna se me apareció en un grito desgarrador que doña Dina, "la mi madre," lanzó en la batea del lavado en nuestra casa de Carrera e Independencia al leer y dejar caer el telegrama que le anunciaba que su madre, doña Clodomira Castillo, había fallecido. Fue la primera vez que supe que "había tenido" una abuela.) Por eso fue que nunca tuve ni conocí abuelas, excepto la abuela de la casa de los Pérez, de cuyo nombre, dije, tristemente me he olvidado y un muy mucho he olvidado también la mayor parte de los centenares de cuentos que me relató, junto a mi hermana de las trenzas largas, en oscuras noches de cualquier estación del año en la cabaña que habitaba detrás de la casa de su hija, o de su hijo, porque nunca supe ni pregunté si era la madre de don Luciano o de doña Albertina. Era la abuela, y con eso basta.)

Pero vamos por partes.



No llegué así como así a "la cabaña de los cuentos" de la abuela ni a comer las ciruelas grandotas "de la Purísima" con que nos endulzaba boca y oídos (los oídos, claro, con sus fantásticos cuentos). Llegar a ese punto requiere ordenar los tiempos de estas memorias.

Para ello se hace necesario recordar la geografía física de las manzanas o bloques habitacionales de ese lado del Illapel de 1940: Ya dije que cada manzana estaba dividida en cuartos, con una sola casa en cada cuarto de manzana. La manzana de la Casa de Piedra era ligeramente diferente: Tres de los cuatro cuartos eran pertenencia de los García y a mí me gustaba mucho la hermana del medio de esa familia, una adolescente de unos 18 o 20 años muy hermosa; pero esta parte nada tiene que ver con la geografía de manzanas pueblerinas. Disquisición, le llaman cuando uno mete un 'na que ver' en su relato, al que vuelvo ahora mismo: Las tres cuartas partes de la manzana García-Pérez-Polo eran casa y terreno de siembras; la casona, estilo colonial, era de los García, (de quienes no me gusta acordarme que mal les decían los Poto de gallo.) Casona instalada en la esquina de Independencia y el Callejón del Diablo (¿Ecuador después?) El cuarto restante estaba dividido en dos octavos que se estiraban desde Independencia hacia Constitución -en ese entonces no tenía mejor nombre que La Calle del Medio. El del lado de Uruguay era el octavo de los Polo, y el que quedaba entre Polos y Garcías era la pertenencia de los Pérez. Un murallón de viejos adobones separaba ambas propiedades. La de los Pérez superpoblada de árboles frutales, con una enorme higuera colindante en el rincón del fondo Polo-Pérez. El adobón limítrofe casi no existía en ese rincón: Estaba derruido y la higuera se había aprovechado del descuido y sus ramas se expandían sobre nuestro patio, que no tenía árboles ni frutas y que era oportunamente sembrado cada año de maíz, porotos y tomates por mi padre, que nunca dejó sus ancestros campesinos. De frutas, digo, nada. Nada de nada. A mí me gustaba, me gusta, mucho la fruta (uno de mis más famosos recuerdos con saudade es la "pera de Pascua" illapelina; sabor incomparable que jamás he encontrado en otras peras de Chile y de los otros lugares del mundo que conozco (o sea parte de los estados de California, Oregón y Washington, de aquí de los EE.UU.) Me gusta la fruta, un montón. Y los higos, que me fascinan tanto como a mi esposa. Así que de ahí a tomar los higos que visitaban nuestro patio no fue muy largo de decidir: Los tomé y me los fui comiendo ahí mismo, sin lavar siquiera (¿es que existe un niño de ocho años en todo el mundo al que se le ocurra lavar la fruta que está cogiendo? ¡Las pinzas!), apenas despellejando la negra cáscara o "tragando a todo cachete" cuando la cáscara no se despegaba fácil, antes de que ese tesoro dulce se terminara, como se terminó muy pronto. Agotadas las ramas visitantes me convertí en visitador de las ramas del lado ajeno del adobón divisorio, que muy pronto también se vieron desprovistas de sus glóbulos negros y dulcísimos. (Otra disquisición: ¿Saben los illapelinos por si acaso que la mejor, lejos, de las frutas que se venden en casi todos los supermercados de yanquilandia son chilenas? Pues aquí se los digo. Americanos y latinos lo saben y las prefieren. Y si vieran qué rico se siente poder decir "esas frutas vienen de mi tierra". Por eso mismo lanzo la idea: si quieren llenar de orgullosa fama a m'Illapel, POR FAVOR, hagan que alguien exporte las 'peras de Pascua', especialmente del lado de Cuz-Cuz. ¿Así se escribe, no?



Háganme caso. y llenarán de gusto, literalmente, las ganas de saborear peras soberbias y sabrosas a un perico que todavía tiene guardados ocho años en la lengua de su memoria y en su corazón. Punto, y de vuelta al cuento). Decía que aquellos higos apañados 'a la mala' me fueron dejando las ganas inconclusas de encontrar otras muestras del increíble tesoro del que estaba disfrutando, realmente muy despreocupado de que no fueran de mi propiedad. Debo haber pensado como el galán de las "Mañanitas de San Juan:" "fruta de cercado ajeno más sabrosa es de gustar.", además que las casas quedaban media cuadra lejos para que alguien me viera, cosa en la que "no paré mientes" tampoco para proseguir mi sabrosa cosecha-consumo. Resumiendo, ya no quedaban higos a metro y medio de altura.

Había que trepar la higuera. y la trepé, alto, más alto cada vez, hasta la rama finita y ondulante del cogollo, que se mecía invitadora con una carga de higos incitante y excitante. Y me abracé a esa "rama áspera y fea de la higuera" (estoy citando de ese poema de ¿Alfonsina Storni, Juana de Ibarborou? que dice "porque es áspera y fea/ yo le tengo piedad a la higuera.") y alcancé mi premio. y mi castigo: No supe bajarme. Me dio miedo, un miedo paralizante, un miedo bruto que nunca sentí en ocho años. Llamé entonces a gritos a doña Dina, "la mi madre": "¡Mamaaaaá, mamá" (¿Por qué será tan cierto que los humanos, de todas las edades, llamamos a la mamá cuando estamos en aprietos o en serio peligro? Yo no fui la excepción y la seguí llamando hasta que vino. casi junto con doña Albertina, la dueña de la higuera. Allí se juntaron las dos, por vez primera. y se hicieron amigas y se apretaron de risa con mi desgracia, pero primero me ayudaron a bajar dándome las indicaciones que hicieron superar mi estúpido miedo y me bajaron los humos hasta el suelo.

Así comenzó mi amistad con los Pérez.